

A propósito del número cien de la revista *historias*

Carlos Aguirre Anaya*

Resumen: Balance somero de los parámetros alrededor de los cuales surge la revista *historias* en la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Se subraya el papel relevante que desempeñó un colectivo de investigadores jóvenes que insertan su iniciativa (la creación de una revista) en los marcos de una renovación institucional al parejo de una fuerte reactivación conceptual de la disciplina. Se revisa igualmente la conformación del formato de la publicación y su división en secciones en tanto cristalización editorial del proyecto intelectual.

Palabras clave: Revista *historias*, seminarios, revisión histórica, directores.

Abstract: Brief overview of the parameters surrounding the appearance of the journal *Historias* in the Dirección de Estudios Históricos of the Instituto Nacional de Antropología e Historia. It emphasizes the major role played by a group of young researchers who promoted the initiative (the creation of a journal) within the framework of an institutional renewal, at the same time as a strong conceptual reactivation of the discipline. Further, it examines the structure of the journal and its division into sections as an editorial means of reinforcing the intellectual project.

Keywords: Journal *Historias*, seminars, historical review, directors.

Fecha de recepción: 26 de marzo de 2018
Fecha de aceptación: 30 de marzo de 2018

En el trimestre de julio-septiembre de 1982 aparecía el primer número de la revista *historias*. Aquella publicación surgía como resultado de una iniciativa de los investigadores de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Por entonces, una comunidad novedosa, en más de un sentido, dentro del Instituto: la juventud de sus componentes, el marco académico en el que se insertaban y una coyuntura política que parecía favorecer la exploración de nuevas experiencias intelectuales y organizativas en el mundo académico.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

La composición del centro de trabajo se distinguía, más allá de excepciones manifiestas, por una población que recién egresaba de la educación superior; había entre ellos algunos con incipientes estudios de doctorado; sin embargo, el grueso de sus componentes, lo reitero, eran recién egresados de la licenciatura. Algo que hay que subrayar si lo comparamos con la tendencia que predomina en el presente, donde los investigadores de nuevo ingreso se integran a sus labores con consolidados estudios de doctorado.

Una población joven que se sumaba a un centro de trabajo que contaba ya con un número relativamente pequeño de investigadores integra-

dos con anterioridad. Notablemente, los recién llegados superaron rápidamente en número a los ya establecidos. Si esta circunstancia ya implicaba por sí misma una modificación sustantiva, los términos y fórmulas de la organización del trabajo académico fueron también alterados. El doctor Enrique Florescano, una vez nombrado nuevo director del entonces Departamento de Investigaciones Históricas, introdujo importantes y originales innovaciones en la organización del trabajo de investigación, provocando cambios manifiestos en la vida académica del área. Los tradicionales marcos de organización del trabajo se sustituyeron por la creación de “seminarios”, que esencialmente consistían en la constitución de un grupo de investigadores que trabajaban sobre una temática común encabezados por un coordinador; de entrada, la reunión indispensable de sus miembros suponía labores colectivas encaminadas por el identificado como coordinador, que desde luego era el investigador más experimentado. Esa fórmula integraba con original acierto el reclutamiento de los jóvenes recién egresados en el adiestramiento del ejercicio de la disciplina y al mismo tiempo en el aprendizaje de las nuevas reflexiones, temáticas y métodos que la disciplina histórica experimentaba por aquellos años, todo dentro del marco de una disposición que propiciaba la discusión colectiva dentro de aquellos núcleos.

La misma denominación de los seminarios apuntaba hacia dónde se dirigían los términos de la investigación; de acuerdo con una relación registrada en la cuarta de forros de una publicación del Departamento de Investigaciones Históricas fechada en 1972, los Seminarios de Investigación eran: Historia de la Cultura Nacional, Historia Económica, Haciendas en el Siglo XIX, Luchas Campesinas en el Siglo XIX, Historia Política, Historia Social e Historia Urbana. Como se observa, se trataba de una combinación de asignaturas tradicionales con otras muy novedosas —desde luego, de acuerdo con la época—. Sin embargo, más allá de los títulos, su trascendencia radicaba en las claras señales vitales que la materia experimentaba gracias a la colaboración e intercambio con otras disci-

nas de las ciencias sociales como la geografía, la demografía, la economía, la sociología y la antropología. En este sentido, la historia viraba hacia la exploración de temáticas cuya atención había recaído en los terrenos de otras especialidades; al mismo tiempo, este desplazamiento suponía para la historia, además de la dilatación de sus campos de interés, su integración a la discusión de perspectivas teóricas y metodológicas que le daban la vuelta a un tradicional y dominante empirismo, que sujetaba el ejercicio de la profesión.

Efectivamente, las miras se ampliaron, incluso dentro de las temáticas manidas. Los objetivos intelectuales giraron gradualmente hacia un ejercicio teórico más arriesgado. Por entonces los maestros hablaban de la necesidad de “historiar” la vasta y compleja urdimbre de relaciones que constituyen los hechos sociales. La Historia levantaba la mano y se involucraba en terrenos poco o nada frecuentados, haciendo suyos asuntos por la vía de referir los objetivos y metas de estudio a los marcos de un pasado que no sólo se circunscribía a la recuperación de una estricta genealogía, sino que subrayaba rupturas, contrastes y contradicciones que solamente una perspectiva histórica podía solventar. Puntos de vista, conceptos y categorías inéditos se incorporaron al ejercicio historiográfico, y al mismo tiempo que respondían a las nuevas inquietudes que se generaban por el contacto cercano entre disciplinas afines, se reformulaban profundamente preguntas, objetivos y programas de investigación.

Con el solo propósito de señalar un caso se pueden mencionar los estudios sobre el latifundio rural; un asunto tradicional en la historia agraria que sufrió un vuelco considerable al incorporar a su materia perspectivas teóricas y metodológicas que proponían una amplia exploración que recorrió desde la reflexión teórica de gran calado hasta la utilización de fuentes no empleadas hasta entonces. Todo ello supuso grandes avances tanto en la comprensión de las haciendas en sí mismas como su papel en la configuración del mundo rural en general y su peso en el devenir histórico de la nación.

En las páginas iniciales de aquel primer número aparecía como “presentación” un breve párrafo donde se establecían las intenciones de la revista: “[...] crear un espacio para presentar y discutir —abierta, diversa, pluralmente— algunas aportaciones a la producción histórica”, esto con el propósito de “[...] inscribirnos en la dimensión contemporánea de la historiografía”. Efectivamente, el replanteamiento que experimentaba la disciplina articulada a la incorporación de una población de nuevo cuño a la investigación histórica conllevó de una manera muy congruente y fluida (por lo menos así parece desde la distancia que da el tiempo) a la visualización de una necesidad y, por extensión, a la creación de una plataforma donde se dieran a conocer los resultados de la investigación emergente. La construcción de una revista aparece como un eslabón que se articula orgánicamente como un momento activo de un impulso vigoroso y dinámico.

La proyección que implicaba el nuevo programa historiográfico empujó hacia la creación de un ámbito material donde cristalizaban las inquietudes intelectuales de una nueva generación de incipientes investigadores que se encontraban con una coyuntura favorable dentro de la institución. Signo de los tiempos, la decisión surgió de una amplia consulta entre ellos; las maneras de la agitada vida estudiantil de la época, secuela del 68, penetraban sin obstáculos en la academia multiplicando las asambleas. También, muy de aquellos tiempos, se eligió una terna para dirigir la publicación, una propuesta que pretendía blindar los excesos de las resoluciones unilaterales y, en esa medida, complacer una arraigada desconfianza hacia la toma de decisiones. De esta manera, se eligieron tres investigadores: Marco Bellingeri, Enrique Montalvo y el que esto escribe.

La iniciativa —su orientación, constitución y dirección— fue acometida exclusivamente por los investigadores, sin injerencia alguna de las autoridades en turno; en cambio, una vez que se formalizó la propuesta fue respaldada ampliamente por ellas, sin que existieran mayores objeciones. Bajo este horizonte, y de esta manera, el INAH aparece como una institución generosa

e institucionalmente abierta a la innovación académica. La fluidez de la aceptación nos hablaría de una suerte de consenso institucional, en el que las diversas instancias que lo componen confluyen por un cauce de configuración común. Todo esto parece sugerir la existencia de una atmósfera propicia que bien pudiera remitirse a la influencia mediata del movimiento estudiantil del 68 en el terreno intelectual, que lo mismo abarcaba desde la existencia de una suerte de acuerdo implícito a favor de la búsqueda de nuevos derroteros que airearan las manidas fórmulas interpretativas de nuestra realidad pasada y presente, y que en términos muy generales se identificaba por la crítica como “Historia oficial”, hasta la contratación de una numerosa población estudiantil reconocida como inquieta y por lo mismo considerada potencialmente molesta mientras no se integrara al mercado laboral convencional.

El historiador francés Roger Chartier afirma, sagaz, que los autores no escriben libros, sino que “escriben textos que otros transforman en objetos impresos”. El punto aquí es que los significados que se crean no se agotan en el texto mismo, sino que dependen también de su soporte material. En el caso de una revista, esta circunstancia es particularmente crítica y evidente: son los editores los que definen la forma en que llegan a los lectores y, por lo mismo, su aprehensión pasa también por su colocación y formato dentro de sus páginas, significando a la vez su contenido y manifestando su derrotero y vocación.

En los primeros números de la revista, el orden establecido era sencillo y convencional, las colaboraciones se desplegaban sucesivamente y no había más que una sección; gradualmente se fueron introduciendo modificaciones, de tal manera que para el número 15 ya aparecían cambios notables. Por entonces, la edición ya solamente estaba a cargo de un director y un Consejo de Redacción conformado por Francisco G. Hermosillo, Dolores Pla, Salvador Rueda y Antonio Saborit. Asimismo, la estructura de la publicación manifestaba un armazón muy consolidado que mostraba con claridad la naturaleza y las intenciones del proyecto. La organiza-

ción de la revista estaba ahora novedosamente dividida en secciones: al cuerpo original y central integrado por las colaboraciones, las más de ellas de carácter monográfico, se añadieron a su alrededor (por decirlo de alguna forma) las nuevas secciones, que claramente tenían como fin complementar los “géneros” que ofrecía la revista en aras de ofrecer una oferta más atractiva y rica para el lector.

En la proa de la publicación, abriendo camino, se estableció una nueva sección: “Entrada Libre”, que tenía como fin publicar textos de naturaleza muy diversa que basculaban hacia planteamientos y discusiones que caían fuera de las colaboraciones, que en sentido estricto constituían el núcleo central de la revista —monografías ceñidas a nuestro ámbito geográfico—. Se trataba de escritos en donde se privilegiaba el ensayo, en los cuales se exponían planteamientos y debates sobre el quehacer de la historia en general y que apuntaban hacia temas de reflexión innovadora sobre la disciplina. Sin embargo, se pretendía que la sección fuera lo suficientemente flexible para admitir otro tipo de géneros; las más de las ocasiones se trataba de textos breves —muchas veces fragmentos— y de traducciones. El marcado carácter plural, ágil y desenfadado de la sección deslindaba a la revista en su conjunto, situándola en terrenos singulares dentro del espectro de publicaciones académicas cercanas dedicadas a la historia, e indicaba a los editores la orientación de su quehacer.

Para entonces, la revista también se enriqueció con una obligada sección dedicada a las reseñas, reparando una manifiesta carencia. Junto a ellas y al final de la publicación se crearon dos nuevos apartados proclives a los recuentos bibliográficos: “Andamio”, que recogía inventarios sobre un solo tema, y “Crestomanía”, que sin mayores pretensiones recopilaba fichas e índices que daban cuenta de las novedades librespas. A las intenciones que las secciones pretendían se les dieron formatos igualmente diferenciados: a “Entrada Libre” le correspondía una columna ancha que se encontraba con su opuesta en el centro. El cuerpo central de la publicación se desplegaba en dos columnas

y las últimas secciones en tres; diferenciando a las reseñas por una tipografía ligeramente de mayor tamaño que en los otros dos apartados.

La ilustración de la revista se fue definiendo gradualmente, hasta que al final se optó por seleccionar los dibujos, grabados o fotografías de un solo autor para ilustrar todo un número completo, sin importar la materia de la colaboración que se ilustraba. El propósito de esta estrategia fue la de divulgar el muy rico y amplio acervo plástico con que se cuenta en México, de tal manera que de alguna forma los dibujos hicieran las veces de una colaboración más de la publicación. Esta opción sirvió también para resolver la portada, donde invariablemente aparecía una imagen de la obra del autor seleccionado. Para hacerla más atractiva gráficamente se añadió al dibujo, en blanco y negro, un detalle de color para contrastar. No está de más referir que esa decisión fue inspirada por la película *Rumble Fish* de Francis Ford Coppola, cinta en blanco y negro, en la cual en cierta escena aparecía esporádicamente una pecera ocupada por sorprendentes peces de colores fulgurantes.

El título *historias*, con minúscula y en plural, nos remite —siguiendo la proposición del filósofo Isaiah Berlin para clasificar a escritores y pensadores en su ensayo *El erizo y el zorro*— a un proyecto intelectual que se definió por la búsqueda que, como el zorro, husmea por diversos terrenos, olfatea variados rincones, recorre inquieto múltiples planos, y, a diferencia del erizo, se aleja de las definiciones únicas y globales a las cuales remite todos sus descubrimientos. La revista apostó, de acuerdo con las ideas historiográficas más novedosas de entonces, por la pluralidad temática; al mismo tiempo, tomaba distancia respecto de teorías globales de interpretación (de manera preponderante el marxismo) que, si bien todavía gozaban de una considerable aceptación, empezaban a vislumbrar un gradual e inexorable desplazamiento; en este sentido, la publicación, frente a la pretensión que podría implicar la mayúscula del nombre propio de la disciplina, optó —en estos términos— por un perfil mesurado señalado por la minúscula de su nombre.